



fundación

Ramón y Katia Acín

Ramón Acín *toma la palabra* 45 – 8-8-8_ A Luis Bonafoux

S - S - S

A LUIS BONAFOUX

Tras el mes de agosto, volvemos con nuestra serie de artículos de Ramón Acín que habíamos comenzado a principios de abril del pasado 2024 y que continuará este año y el siguiente hasta que os hayamos ofrecido todos los artículos que editamos en 2015 bajo el título de *Ramón Acín toma la palabra*. En esta ocasión os ofrecemos el artículo que apareció en el periódico republicano *El Ideal de Aragón* con motivo del 1 de mayo, periódico donde colaboró intensamente el grausino amigo de Acín, Ángel Samblancat.

Y el artículo de Ramón va dedicado a un periodista de raza y luchador incombustible, Luis Bonafoux.

Aprovechamos este artículo para recordaros la figura de Bonafoux, que ya apareció con honores y varias veces en estas páginas hace unos cinco años. Que disfrutéis esta vuelta postveraniega a los artículos de Acín.

8-8-8. A Luis Bonafoux

1 de mayo de 1918. *Ideal de Aragón*. Zaragoza. (Id. web: ap039).

A los pocos meses de esta dedicatoria, morirá el escritor y periodista hispano-francés Luis Bonafoux y Quintero (1855-1918), amigo de polemizar contra todo aquello que representase el poder y amigo también del anarquista Malatesta, además de ser el primero en describir las reuniones en Trafalgar Square del *Club Anarquista Internacional*. Este artículo forma parte de la portada que dedica *El Ideal de Aragón* a la Fiesta del Trabajo. Figura también un autorretrato de Acín y un dibujo en el que satiriza a los socialistas y su posición ante la guerra, simbolizados por una calavera aplastada por el engranaje militar.

A Luis Bonafoux

Tres ochos; he aquí el lábaro de la religión (de religo, religas, religare, unión, atadijo) socialista.

He aquí el lábaro de la vida feliz; tres signos de infinito cara arriba, símbolo del bienestar en esta nuestra vida tan corta, tan finita...

Ocho horas para trabajar. El trabajo es bello, el trabajo es noble, el trabajo es salud, es cultura, el trabajo es santo...

Ocho horas de asueto. El asueto, tras el trabajo, es amor, es poesía, es misticismo, es higiene en el alma...

Ocho horas descansar, descansar sosegado y dulce en lecho blando a la vera de compañera garrida y de niñitos fuertes. El descanso es trabajo en potencia, poesía en potencia, en potencia amor...

Tres ochos.

Libertad.

Igualdad.

Fraternidad.

Trabajo.

¡Monsergas!

Castillo de naipes que se fue al traste con el resoplido de la primera trompeta militar y patriotera...

Atadijo, nudo gordiano deshecho al sablazo del primer tenientillo metido a Alejandro.

He aquí los tres ochos.

He aquí el nuevo lábaro.

Ocho horas fuego de fusilería y ataques a la bayoneta.

Ocho horas distracciones de cañón; desmoche de museos y bibliotecas y escuelas y catedrales.

Ocho horas dormir en lecho de sangre y fango, sin críos y sin hembra...

Y entre ocho y ocho, para tomar ánimos, al son de los respectivos himnos nacionales, buena sartenada de higadicos de compañeros de "La Internacional".

□



Luis Bonafoix Quintero

<https://autogestionacrata.blogspot.com/2012/10/luis-bonafoix-quintero.html>

Luis Bonafoix Quintero, también conocido como *La Víbora de Asnières*, (Saint Loubez, Burdeos, 19 de junio de 1855 - Londres, 28 de noviembre de 1918), periodista y escritor español nacido en Francia.

Hijo de un francés y una venezolana que finalmente fijaron su residencia en Puerto Rico, en esta isla estudió el muchacho el bachillerato. Con quince años su padre le embarcó para España para que cursara en Madrid la carrera de Medicina; se decidió, sin embargo, por estudiar Leyes en Salamanca, materia en la que más tarde se licenció en Madrid. Con todo se inclinaba más por la política y el periodismo. Sus primeros trabajos en este último aparecieron ya en *El Eco del Tormes*, Salamanca (1877). En 1882 fundó en Madrid el periódico *El Español*, en el cual estuvo hasta 1887; luego fundó *El Intransigente* en 1892. Usó frecuentemente los seudónimos de *Aramis* y *Luis de Madrid*.

Estuvo en La Habana con un cargo en la burocracia colonial que le consiguió Antonio Cánovas del Castillo, y allí fue uno de los más asiduos concurrentes de la tertulia del café Europa; de sus observaciones de aquel medio sacó Bonafoix su famoso folleto, especie de novela, titulado *El Avispero*, que se hizo muy popular y fue objeto de enconadas y múltiples polémicas, estando a punto de batirse en duelo con Pancho Varona Murias, que lo vapuleaba a diario en el periódico *La República Ibérica* de Niceto Solá. Años después empero Varona y Bonafoix fueron íntimos amigos en París, y el periodista le resolvió al duelistu un problema pasional que le afectaba hondamente. Colaboró además en *El Mundo de La Habana*.

Las estrecheces económicas le acuciaban y, según cuenta en sus memorias, tituladas *De mi vida y milagros*, "Me nombraron director de minas (¡atiza!) en la provincia de Santander, a propuesta de un tío mío que había tomado parte en la fundación de la compañía". Su tío era el marqués de Rojas, presidente del Consejo de Administración de las minas de cobre de Soto, en las cercanías de Reinosa. Allí marchó como gerente a fines de 1888 y en 1889 se desposó en la iglesia de San Martín de Soto de Campono con la joven Ricarda Encarnación Valenciaga y Gordejuela, natural de la provincia de Valladolid; él tenía 34 años y ella 20, y trabajaba en la fonda que su padre, el vizcaíno Vicente Valenciaga, tenía abierta en Soto. El matrimonio tendrá cuatro hijos. En Reinosa entabló amistad con Antonino Blanco –con quien compartía una afición criolla por las peleas de gallos–, con los escritores republicanos Ramón Sánchez Díaz, Luis Mazorra y Demetrio Duque, director del dominical campurriano *El Ebro* (1884-1890), y admiró al erudito cronista de la provincia Ángel de los Ríos y Ríos y a los pintores Casimiro Sainz y Manuel Salces. Marchó con su esposa a Puerto Rico y allí nació el 21 de mayo de 1890 su primer hijo, Luis Tulio. Al poco regresó a Reinosa huyendo de las iras de los cubanos, pero permaneció escaso tiempo en la villa, porque fue nombrado en Madrid redactor-jefe de *El Globo*, y se enzarzó en otra agria polémica, esta vez con el segundo marqués de Comillas, después de la cual se trasladó a París en calidad de corresponsal de varios diarios madrileños. Allí dirigió *La Campaña* (1898); escribió también en *Heraldo de París* y en *El Internacional*. Por entonces Bonafoix fue el primer periodista en describir las reuniones del Club Anarquista Internacional que por entonces se verificaban en Trafalgar Square. Allí amistó con el famoso teórico y militante anarquista italiano Enrique Malatesta, al cual describía como "un obrero inteligentísimo, ilustradísimo y excelente de corazón", y con quien mantenía una correspondencia periodística que le era sistemáticamente violada. En París llevó la corresponsalía de *Heraldo de Madrid* entre 1902 y 1906. Todavía realizó algún viaje esporádico a las tierras de Campono para reencontrarse con la familia de su mujer y con sus viejos amigos.



Fue un polemista incansable y anticlerical. Como escribió su amigo José del Río Sainz,

Sentía la obsesión de las cumbres, y allí donde se elevaban, allí iba a herirlas: reyes, príncipes, prestigios de las letras, de la política o de las artes, todo lo que sobresalía tenía en él un implacable censor.

Fundó periódicos como *El Español* y *El Intransigente*; fue redactor de *El Globo* y *El Resumen*, correspondiente de *Heraldo de Madrid* y colaboró en otros muchos como *El Liberal*, *La Unión*, *El Mundo Moderno* (1879-1880), *Alma Española* y los satíricos *El Solfeo*, *Gil Blas*, *El Satírico* (1903)... Un artículo magnífico, "El carnaval en las Antillas", motivó que le expulsaran de Puerto Rico, lugar donde residió bastante tiempo, pues en efecto, fuera de ser uno de los más certeros críticos de la situación política española, era un profundo conocedor de los problemas antillanos. También fue crítico literario, en cuya labor sostuvo una larga polémica con Leopoldo Alas, "Clarín", al que acusó de plagiario de la *Madame Bovary* de Gustave Flaubert en su *La Regenta* (Yo y el plagiario Clarín, Madrid, 1888). Toda esta polémica está recogida en el libro de José María Martínez Cachero *Hijos de la crítica*, Leopoldo Alas Clarín & Luis Bonafoix Aramis. Un enfrentamiento que hizo historia. Oviedo: Ed. Grupo Editorial Asturiano, 1991. Fue amigo de Eduardo Benot y de Joaquín Dicenta.□



LUIS BONAFOUX, 'LA VÍBORA D'ASNIÈRES"

José Luis Cano. *La España de Bonafoux*. Prólogo. Ed. *Libertarias Colecc. Tres de cuatro soles*. Madrid, 1990. PGS. 7-16

Aunque famosísimo en su tiempo-las dos primeras décadas de nuestro siglo- como periodista y cronista implacable de la vida social y política que le tocó vivir, Luis Bonafoux está hoy completamente olvidado, si se salva la biografía que de él publicó José Fernando Dicenta en 1974¹, que pasó sin pena ni gloria. El propósito de reunir en este volumen una selección de sus artículos más punzantes y corrosivos pretende llamar la atención del lector sobre un personaje cuyas crónicas provocaban escándalo y furia, amenazas y duelos a pistola. Como botón de muestra bastaría recordar su época de crítico teatral en un periódico madrileño, en el que solía titular así su crónica de estrenos: "Los crímenes estrenados anoche". La tenía tomada con el pobre don Miguel Echegaray -el hermano de don José, nuestro controvertido premio Nobel —y solía poner verde todas sus obras y burlarse donosamente de sus versos --porque don Miguel componía dramas en verso -, como estos que reproduce en una de sus crónicas:

-Buenos días, buenos días.
- ¡Caballeros, caballeros!
- ¿Y las tías? ¿Y las tías?
-Los sombreros, los sombreros.

Aunque nacido en la isla de Puerto Rico-de padre francés, comerciante en vinos, y madre venezolana-, en el pueblo de Guayama donde transcurrió su infancia, Bonafoux se sintió siempre más español que puertorriqueño, y más cosmopolita que español. Sus experiencias le dejaron mal sabor de boca, y acabó huyendo a París y a Londres, para evitar procesos y cárceles. La dureza, suavizada a veces por el humor y la sátira con que trató apolíticos y a escritores, no sólo de España sino de Hispanoamérica, hizo que en las tertulias madrileñas le llamaran "la víbora de Asnières", por ser ese pueblecito francés, cercano a París, donde se refugió muchos años. Como nota pintoresca recordaré lo que el mismo Bonafoux cuenta en sus recuerdos, que tituló *De mi vida y milagros*², folleto hoy rarísimo, cuando, siendo estudiante en Salamanca, se bajó sus pantalones ingleses en plena calle, enseñando sus vergüenzas, porque unas señoritas se burlaban de ellos desde el balcón de una casa: "Hubo gritos de veras, exclamaciones de indignación, las señoritas del balcón huyeron despavoridas, un comerciante protestó, un cura gruñó contra mí no sé qué cosa y hasta un perro quiso morderme". A los veinte años se inició en el periodismo, logrando en poco tiempo fama merecida de cronista veraz y terrible, capaz de decirle las verdades del barquero al lucero del alba, llámeselo éste Cánovas o Clarín, con quien sostuvo una famosa polémica. "Bonafoux - escribió Manuel Bueno en 1899- es la única pluma ágil, sincera, burlona, que orea con ráfagas geniales nuestro periodismo anodino y latoso". Y Antonio Espina juzgaba así su talante de periodista crítico: "Escribía en corto y por derecho, con dura franqueza y sin compromisos con nadie". Sus crónicas como corresponsal de "El Heraldo de Madrid" en París y en Londres lo convirtieron en uno de los periodistas más cotizados y famosos de su época, pero al mismo tiempo uno de los más furiosamente atacados y perseguidos. El defender a las víctimas de los políticos y los gobiernos, a los rebeldes y a los anarquistas, le costó procesos y persecuciones. En el prólogo que puso a su libro *Huellas literarias*³, en forma de carta-dedicatoria a don Nicolás Estébanez, también exiliado en París, escribió Bonafoux: "Rebuscando en las páginas de mis libros la causa de los motines que me dispensaron alguna vez pueblos benéficos, de las persecuciones que no me han dejado vivir en paz, de todo el horror de injurias y calumnias que ha vomitado la prensa contra mí, deduzco que la verdad de mis libros tiene la culpa de todo. Pienso seguir diciéndola en los sucesivos, porque el decirla es más fuerte que yo, aunque deseo librarme de palos y pedradas. Un estacazo no es un argumento, pero noto con espanto que son muchas las gentes que quieren argumentarme en esa forma. Una estadística curiosa que he elaborado arroja los siguientes datos: Injurias que me han dirigido: 2.564.225; calumnias: 3.564.325; palos recibidos a través del Atlántico: 613.508; bofetadas a igual distancia:



131.625. Total de horrores: 6.546.869". Pero Bonafoix se debía a la verdad, como él decía, y siguió proclamándola a gritos, costase lo que costase. Cuando cuatro años después, en 1898, fundó en París el seminario independiente "La Campaña", las calumnias acrecieron y no faltó quien le acusara de estar vendido a la Embajada española. Bonafoix se defendió en su periódico con estas palabras: "Los que me conocen, los que me dispensan el honor de estrechar mi mano y frecuentar mi trato, saben de cierto que yo no he venido al mundo a ser órgano de ningún personaje; que vivo pobre, solitario en el campo, aislado de la sociedad, porque la sociedad me apesta. Soy un obrero. Como obrero vivo. Soy un escritor independiente, porque me da la gana. Por serlo, he podido defender a los maltratados de Cuba, a los maltratados de Puerto Rico, a los maltratados de Montjuich, a los perseguidos como Dempau, Rizal, Villeunda, Luna Novicio, García Peláez..., a todos los que sufren, a todos los que reclaman justicia, porque ese es el único consuelo de mi vida..."

¿Tuvo Bonafoix, como se le ha reprochado, ideas anarquistas? En todo caso sería un anarquista *sui generis*, que no se sometió a consigna alguna. Su amigo el anarquista italiano Enrique Malatesta decía de él: "Bonafoix no era anarquista pero merecía serlo... Y lo merecía por el odio vivificado que sentía por las infamias, las ruindades, las hipocresías que deshonraron, no sólo a España sino a todas las naciones contemporáneas. Lo merecía, además, por el amor que profesaba a los desheredados, a los perseguidos, a las víctimas todas".

Y sin embargo, a Bonafoix no le faltaron amigos, y amigos fieles: Baroja y Azorín, entre ellos, y también Joaquín Dicenta, Manuel Paso, Luis París, Ricardo Fuente. En sus memorias -Desde la última vuelta del camino- Baroja juzga así su labor de periodista: "Luis Bonafoix era un hombre que tenía una idea noble de su oficio. Era capaz de jugarse la posición si creía que tenía que defender una causa justa. Así lo hizo con el "asunto Dreyfus", con el proceso de los anarquistas de Alcalá del Valle, y durante la guerra del 14, en que se atrevió a decir en Francia que los alemanes no eran sólo una reunión de soldados brutal y bárbara, como querían creer los franceses, sino que tenían grandes filósofos, grandes músicos, hombres de ciencia, etc... Bonafoix pretendía ser justo, y aunque molestase a sus lectores era capaz de hablar mal de un político de izquierdas, y bien de algún fraile. En el ímpetu estaba a veces a la altura de Bernard Shaw. En su amor a la justicia era parecido. Afortunadamente para Bonafoix, vivió en un tiempo en que había cierto respeto y consideración por el hombre de ideas libres. En otra época hubiera ido a la cárcel..."⁴

De los escritores hispanoamericanos, estimaba poco a Gómez Carrillo, cuyo éxito en París envidiaba. Pero fue amigo de Rubén Darío a quien conoció en la capital francesa en los primeros años del siglo. De esa amistad con Rubén han hablado algunos biógrafos de éste -por ejemplo, Antonio Oliver en su libro *Este otro Rubén Darío*-, y a ella se refirió ya Alberto Ghiraldo al publicar en 1943 ocho cartas de Bonafoix a Rubén⁵. En una de ellas, escrita desde Londres, le dice: "Querido poeta: Esta va sólo para saludarle desde estas nebulosas márgenes-¡tan inteligentes y libres!-. Si usted estuviera aquí le llevaría esta noche a la manifestación que harán en Londres los anarquistas con motivo de la Mano Negra, y se enteraría usted de que aun hay hombres con grandes corazones en el mundo". Y cuando Rubén le escribe desde Madrid, animándole a dejar París y escribir en España, Bonafoix le contesta: "Querido amigo: su carta del 1 llegó ayer 7, como si hubiera venido de Nueva York. ¡Bello país ese, con mar, con sol y sin Correos! En cuanto a la libertad que, según usted, tendría yo ahí, sí, la habrá para otros. Pero en la tierra de Weyler y Maura, mi casa es la cárcel pública. Malamente se está en París con frío, tiempo negro y chismorros hispanoamericanos; pero peor se está en chirona..." Entre las Semblanzas americanas de Rubén, hay una de Bonafoix⁶, muy halagüeña para el mordaz cronista: "Luis Bonafoix-escribe Rubén-es un amante de la justicia, y su pasión le ha llevado a veces hasta la残酷... Las apariencias: Luis Bonafoix, hombre terrible... La realidad: Luis Bonafoix, hombre suave y cordial... Quien dice el hombre, dice el escritor". Y añade que "ese vociferador, ese combatiente, ese perseguidor, ese maître aux injures, tiene en el fondo demasiados de caridad, aflicciones de ultraísmo, consagraciones de sacrificio, ímpetus de ternura que parecerían increíbles." Y Rubén termina su breve semblanza comparando a Bonafoix con Guillenormand, el abuelo gruñón y sensible de *Los Miserables* de Víctor Hugo, y con un Rochefort, un Malatesta-amigo de Bonafoix en Londres, uno de cuyos libros, *Bilis*, prologó-, o con un León Bloy, "plumas furiosas por exceso de amor".



Los dos escritores, Rubén y Bonafoux se admiraban mutuamente y eran amigos, como lo prueba el hecho de que cuando en 1907, Rosario Murillo, la segunda esposa de Rubén, viajó a París para estropear el hogar feliz del poeta-donde Francisca Sánchez, la campesina del pueblo abulense Navalsauz, era ya su fiel compañera- Bonafoux medió amistosamente, a ruegos de Darío, para conseguir un arreglo económico y que Rosario dejara en paz al poeta y no le persiguiera más.

Bonafoux logró un arreglo pacífico⁷, aunque Rubén se arrepintió más tarde y retiró al periodista amigo sus poderes para la negociación. Pero la relación amistosa continuó entre ambos, y Bonafoux publicó varios artículos elogiosos sobre Rubén, entre ellos el que incluyó en su libro *Bombos y Palos* (París, 1907), que es una crónica admirable, con pinceladas goyescas que no ocultan, sino al contrario, quieren expresar la gran admiración que sentía el puertorriqueño por el nicaragüense. Lo cual no le impidió, sin embargo, al morir Darío en 1916, escribir en "El Heraldo de Madrid" un terrible artículo en el que, junto a elogios sinceros, le comparaba con una foca. Destacaré sólo un breve párrafo: "Darío no era un alma mala, como se gozaba en divulgarlo la legión de los envidiosos; pero era un alma fría, a cuyo cristal empañó rara vez el vaho de las pasiones generosas. No pocas veces, en cambio, su musa gentil estuvo al servicio de malas causas y de ruines tiranos, a quienes echó margaritas en forma de odas, y ni las causas ni los tiranos se lo premiaron, siendo así que vivió con escaseces los más de los días. Pero la musa de Rubén, siempre fascinada por el poder, tenía inclinación natural a arrodillarse ante los poderosos. You recordaré siempre la solemnidad con que me presentó en su propia casa al Presidente Zelaya; y el presidente, aprovechando un instante en que Rubén salió de la estancia, acercándose a mí, y poniendo cara cocodrilesca, me dijo, cadencioso: "Buen poeta; pero cultiva con excesivo ardimiento el licor". Y añade Rubén: "En El Nacional yo le había comparado con un tiburón, y esto le gustó. ¿Por qué, pues, se enfadó cuando le comparé con una foca, al verle de lejos bañarse en la playa de Dieppe? ¿Qué más da un cetáceo que otro? Es que en la mentalidad de Rubén, el tiburón era expresivo de poder, era algo grande y fuerte, mientras que la foca le resultaba un anfibio de menor cuantía. Además, Rubén, cuando gastaba bigote, se daba un aire a la foca". Pero el artículo sobre la muerte de Rubén fechado en Londres el 15 de febrero de 1916, terminaba con un recuerdo cariñoso: "Que cada cual hable de Rubén como le fue con él. En cuanto a mí, si en la compañía del poeta pasé ratos de deleitación, en la compañía del amigo pasé ratos de afecto. Rubén: "au revoir et merci!".

Cuando Bonafoux, viajó a Madrid, en enero de 1920 tras unos años de cronista en París, su impresión de la vida madrileña no podía ser peor: "En las redacciones de los periódicos reinaban el hambre y la envidia -nos dice-La lucha por editar el libro, y las bofetadas con el librero que lo toma a jocho reales la arroba! Sí, el mundo de las letras es un infierno de tremendas injusticias y monstruosas infamias". Pero, además, después de haber vivido en París, no podía soportar la suciedad y la miseria de Madrid. Todo en ella le parecía infecto y miserable. En un artículo que publicó en el semanario *Vida Nueva*⁸ recogió su amigo Azorín los duros juicios de Bonafoux sobre la vida madrileña. He aquí algunos de ellos, tal como los transcribe Azorín, que ha acompañado a la estación del Norte a Bonafoux, para despedirlo en su viaje a París: "Me voy, querido amigo, con el alma contristada, fatigado, amargado de tanta estupidez, de tanta mala fe, de tanta miseria. En Madrid todo es pequeño y pobre. Los grandes periódicos pagan cinco duros por artículo; los duques fuman tabaco de a noventa. ¡Oh, qué España! Se viste astrosamente, suciamente, andrajosamente; se pasa el día en cafés apestosos y hediondos; se duerme en un pasillo, en el comedor, en la cocina; se piden dos pesetas prestadas para comer... En Madrid se vive interinamente"... ¿No nos parece estar oyendo a Larra? Bonafoux continúa: "En Madrid no hay arte, ni periodismo, ni ingenio. No hay más que una eterna, prolíja, interminable discusión sobre Silvela, sobre Sagasta, sobre Gamazo. Y ¡qué pesadez! No se puede leer un artículo de un periodista español. Los franceses tienen el arte supremo de ser amenos, de hablar de las más graves cuestiones agradablemente. Poseen el arte de hacerse perdonar la erudición. Un español, para tener talento, ha de ser pesado, soporífero, tétrico; ha de ser persona seria. Este es el país de los catedráticos, de los directores generales, de los ministros, de los académicos. ¡Es académico Liniers, Villaverde, Silvela, el marqués de Pidal...! -¡No, de la prensa no hablemos!- Eso es una enorme vergüenza. La de gran circulación (¡gran circulación, cien mil ejemplares!) es una mercancía; se defiende esta o la otra causa, porque esa es la opinión de la imbécil mayoría que paga los cinco céntimos. Se llama "proceso modelo" al proceso de Montjuich, y se va al año siguiente a protestar de tal proceso en un meeting. Los redactores son lacayos: los que adulan al amo que da los quince o veinte duros mensuales-¡cuando no los diez!-y se le adul.



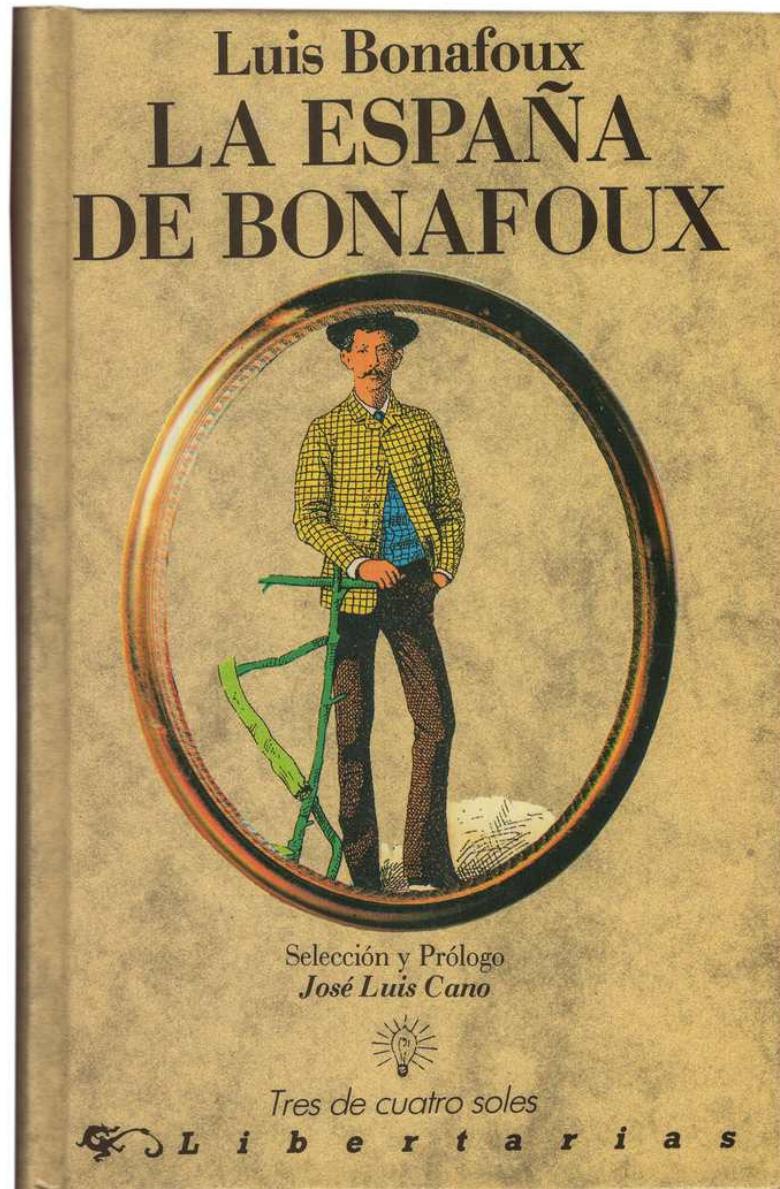
Para cobrar un artículo en Madrid hay que levantar acta notarial. Pide el industrial el artículo; se manda el artículo; se examina el artículo; duerme el artículo un par de meses; por fin se publica el artículo (quitándole lo fuerte, naturalmente; lo fuerte es el ingenio) y luego va el autor tres, cuatro o cinco veces a ver al administrador, se discute el precio, se aplaza -¡todavía más!- el cobro... y por fin se cobra. Créame usted, mi estimado amigo. Esto es abominable. Un país donde la juventud escribe artículos por un café, es un país perdido. Y luego esta palabrería insustancial, gárrula, vacía, nos mata. En España todos somos oradores. No hay ministro ni diputado que no sea elocuente. "El señor Fulano habló con su habitual elocuencia"; "El elocuentísimo discurso de don Mengano"; "La grandilocuente oratoria de don Zutano".

La locomotora silva -escribe Azorín- "¡Le silva a usted, Bonafoix, por haber venido a esta cloaca! ¡Le pital, le grité. Y él, en la ventanilla, agitando el pañuelo y derramando las lágrimas de arrepentimiento, grita también: "¡No lo haré más!". Y en efecto, Bonafoix no volvió a pisar tierra española, aunque continuase colaborando incansablemente en los periódicos madrileños desde París y en sus últimos años desde Londres (un breve paréntesis: Vicente Aleixandre me confesó -y lo recuerdo en mis *Cuadernos de Velintonia*- que, siendo muy joven, solía leer las crónicas que Bonafoix enviaba desde el extranjero a los periódicos madrileños). Desde 1894 era corresponsal en París de "El Heraldo de Madrid", al que continuó fiel hasta su muerte. Sus crónicas, no sólo las que enviaba al "Heraldo" sino las que publicaba en los periódicos que él mismo fundó en París, como "La Campaña" y "El Heraldo de París", le convirtieron en uno de los periodistas más cotizados y famosos de su tiempo. Colaboraba también en la prensa de La Habana y en otros periódicos madrileños, como "El País" y "El Progreso". Toda esta actividad periodística exigió de él una dura disciplina. Se instaló con su familia -se había casado con una española, Ricarda Valenciaga, de la que tuvo cuatro hijos- en un pueblo cercano a París, Asnières -de aquí el calificativo de "la víbora de Asnières" con que le obsequiaban sus enemigos- y allí se encerró a trabajar. Sólo iba a París para entregar sus artículos y crónicas o para ver a algún amigo -Rubén uno de ellos- o hacer una entrevista. Bajaba del tren en la estación de San Lázaro y acudía al bar Criterium, donde solía encontrarse con su amigo Corpus Barga, que le ha evocado en más de un artículo desde la lejana Lima. Su figura física era inconfundible. Eduardo Zamacois, otro de sus amigos, le recuerda así en una página de su libro *Años de miseria y de risa*: "Apareció un caballero de mediana estatura, cenceño y nervioso. Llevaba un gabán azul con cuello de terciopelo, y un sombrero de copa de ala plana. Aladares largos y negrísimos defendían las sienes, y sobre la nariz aguileña temblaban unos lentes de oro. Un bigotillo cortaba el rostro sobreño, extraordinariamente expresivo y delgado, terminando en un mentón agudo, de suprema aristocracia intelectual. Era Luis Bonafoix". Ciento es que cuando se trataba de un enemigo, Bonafoix era feroz con él. Hay que suponer qué es lo que hubiese sido del escritor puertorriqueño, de haber publicado en Madrid, contra un juez que le perseguía, esta cuarteta procaz que publicó en París:

A don Manuel Valle y Llano
juez de la más ruin calaña
no hay habitante en España
que no le dé por el año.

Llegó un momento incluso que también en París sus enemigos crecían, y empezó a tener problemas. Cuando se inició la primera guerra mundial, la prensa chauvinista francesa le atacó por su independencia de criterio y su manera de burlarse de las sagradas tradiciones de la Patrie. A petición del gobierno belga, Bonafoix fue expulsado del territorio francés. ¿Motivo? Una crónica que había enviado al "Heraldo" en la que hacía un chiste sobre las posaderas de la reina de los belgas con motivo de una fotografía de Su Majestad en las trincheras. Pero eso fue el pretexto. La verdades que Bonafoix molestaba, pues aunque amaba a Francia, no amaba a sus políticos, y no estaba dispuesto a no seguir diciendo la verdad. El 20 de julio de 1915 Bonafoix, con su familia, abandona el pueblo marinero de Varengeville-sur-mer donde se había instalado con los suyos, y embarca en Dieppe para Londres, desde donde continuó enviando puntualmente sus crónicas al "Heraldo de Madrid". Tres años después, el 31 de julio de 1918, muere en la capital británica de una enfermedad tuberculosa la compañera de





Bonafoix, Ricarda Valenciaga. Su muerte derrumba al autor de *Bilis*, de *Bombos y palos*, de tantos libros en los que volcó su verdad y su deseo de justicia. Su ferocidad se convierte en desolación, en angustia. Bonafoix se siente abatido sin la compañía de su mujer, incapaz de sobrevivirla. Y en efecto, tres meses más tarde, el 28 de octubre de 1918, moría Luis Bonafoix en su domicilio londinense, y al día siguiente era enterrado por sus hijos -Tulio, Lágrima, Clemencia y Ricardo- en el cementerio de Kensal Green, junto a su compañera Ricarda Valenciaga. Como otros tantos rebeldes y heterodoxos —Blanco White es otro gran ejemplo—Bonafoix fue pronto olvidado, y los críticos e historiadores de la literatura española -a la que él se sentía orgulloso de pertenecer, viendo en Larra a su maestro- no han vuelto a ocuparse de su obra, que era, según escribió el diario madrileño "El liberal" a su muerte, la obra del escritor "más personal, más ático, más sabia y completamente irónico de la literatura moderna castellana". □

1 José Fernando Dicenta: Luis Bonafoix, la "víbora de Asnières", editorial CVSVideosistemas, Madrid, 1974.

2 Colección "Los Contemporáneos", número de junio de 1909, Madrid. El director de esta Colección era Eduardo Zamacois.

3 Editado por Gamier, París, 1894.

4 Desde la última vuelta del camino. Biblioteca Nueva, Madrid, 1951.

5 Alberto Ghiraldo: El Archivo de Rubén Darío, Losada, Buenos Aires, 1943.

6 Reproducida por Ghiraldo en su Archivo de Rubén Darío.

7 Las cartas de Bonafoix sobre este asunto pueden verse en el Archivo de Rubén Darío que hoy se conserva en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, Seminario-Archivo de Rubén Darío, que dirigió el poeta Antonio Oliver hasta su muerte.

8 El artículo se titulaba "Bonafoix en la estación". Lo reproduzco íntegro en mi trabajo "Azorín en Vida Nueva", "Cuadernos Hispanoamericanos", octubre-noviembre de 1968.

